

CAPITULO LXVII.

Toma de Sevilla.—El maestre de Santiago D. Pelayo Correa y Garcí Perez de Vargas.—Entrada triunfal del rey D. Fernando en Sevilla.—
Dolor de los musulmanes por la pérdida de la ciudad.—Sorpréndele la muerte cuando se preparaba para acometer nuevas empresas.

Dueño del río Bonifaz, púsose inmediatamente en movimiento el Rey con su hueste, cayendo finalmente sobre Sevilla el día 20 de agosto de 1247.

El ataque del barrio de Triana (Atrayana, según la llamaban los árabes), fue encomendado á Pelayo Correa con los freires de Santiago, y al rey moro de Granada Alhamar con sus valientes caballeros, los cuales pasaron el río por la parte de Aznalfarache.

Desde el momento en que se estableció el cerco, diariamente escaramuceaban los caballeros de una y otra religión, dando lugar con esto á episodios tan interesantes como heróicos.

Entre los que mas se distinguieron en este memorable cerco, debemos citar por su valor y esfuerzo á Gomez Ruiz de Manzanedo, bajo cuyo gobierno marchaban las gentes del concejo de Madrid, y especialmente al valeroso Garcí Perez de Vargas, de quien las crónicas se ocupan estensamente refiriendo sus hechos de armas.

Por dos veces burlóse él solo de siete moros que le acometieron en una de sus atrevidas empresas, y al verle el rey desde su tienda desconociéndole por la distancia en que se hallaba, trató de que saliesen algunos de sus caballeros á socorrerle.

Pero Lorenzo Juarez le dijo: — «Dejadle, señor, que es Garcí Perez de Vargas, y para él poco son siete moros (1).»

Quienes en mayor aprieto se vieron fueron los caballeros de Santiago y los granadinos de Alhamar, en términos que fue necesario les enviase en su socorro el rey Fernando, trescientos hombres.

De gran perjuicio les era á los sevillanos la flota mandada por Bonifaz, que dueña del río les cortaba las comunicaciones, por lo cual trataron de destruirla construyendo una gran balsa conteniendo materias inflamables, la cual quisieron empujar sobre los buques cristianos.

Mas apercebido el almirante, dióse tan buena traza, que la balsa quedó destrozada y las pequeñas galeras sevillanas hubieron de recogerse en Sevilla, bastante malparadas.

A la par que este nuevo triunfo obtenía Bonifaz, Carmona, la importante plaza que había pedido el plazo de seis meses para rendirse si no recibía socorros en ese tiempo, no tuvo mas remedio que franquear sus puertas á los cristianos, quedando con esto el ejército de Fernando libre de enemigos á sus espaldas.

Al mismo tiempo cada día se iban engrosando las fuerzas del Santo rey uniéndosele su hijo el príncipe Alfonso, que arregladas las diferencias respecto á los límites del reino de Murcia con su suegro el rey de Aragon, llevó á su padre gran número de guerreros.

Roto el puente de barcas que ponía en comunicacion la ciudad con el barrio de Triana, se hizo bastante difícil la situacion de los sevillanos.

Sin embargo, defendiéronse todavía obstinadamente, hasta que al cabo de trece meses de asedio, y despues de mediar distintas proposiciones para su rendicion, hubieron de hacerlo bajo la sola condicion de salvar sus vidas y haciendas evacuando la ciudad, y yendo á establecerse donde mejor les conviniera.

Firmóse la capitulacion el día 23 de noviembre de 1248, y un mes despues, plazo que el Monarca cristiano dió á los musulmanes para que realizasen sus haciendas, hizo su entrada triunfal en la poblacion despues de haberle hecho entrega de ella el rey sevillano Abul-Hassan.

La mezquita mayor fue purificada por el arzobispo electo de Toledo que lo era D. Gutierrez, y restablecida la antigua iglesia metropolitana, fue nombrado arzobispo de Sevilla el prelado de Segobia D. Ramon de Lozana, aun cuando quedó como procurador ó sea como arzobispo de honor puramente, el infante D. Felipe, hijo del Monarca.

Mas de quinientos años habian ocupado la ciudad de Leandro é Isidoro los infieles, y su posesion fue la mas brillante página de la historia del Santo rey.

De este modo concluyó el dominio de los almohades en Andalucía.

El rey de Granada, según la crónica, despidióse de Fernando III despues de la toma de Sevilla, dirigiéndose hácia sus estados mas triste que satisfecho, pues que no se le oscurecia que cuanto mas engrandecimiento y prosperidad adquirian los cristianos, mas peligros amenazaban á los musulmanes.

Inmenso dolor causó en estos la pérdida de la perla del Guadalquivir. «De cuantos musulmanes, dice Almakari, deploraron los desastres de su patria, nadie prorumpió en acentos mas nobles y «tiernos que Abul-Beká-Selak el de Ronda.»

Hé aquí algunas estrofas del poema que compuso dedicado á la pérdida de Sevilla, que no vacilamos en transcribir como una muestra de la literatura árabe.

«Todo lo que se eleva á su mayor altura comienza á declinar. ¡Oh hombre! no te dejes seducir por los encantos de la vida!...»

Las cosas humanas sufren continuas revoluciones y trastornos. Si la fortuna te sonríe en un tiempo, en otro te afligirá... — ¿Dónde están los monarcas poderosos del Jensem? ¿Dónde sus coronas y

sus diademas?...— Reyes y reinos han sido como vanas sombras que soñando ve el hombre... — La fortuna se volvió contra Dario, y Dario cayó: se dirigió hácia Cosroes y en palacio le negó un asilo. ¿Hay obstáculo para la fortuna? ¿No pasó el reino de Salomón?...

«No hay consuelo para la desgracia que acaba de sufrir el islamismo. — Un golpe horrible, irremediable, ha herido de muerte la España: ha resonado hasta en la Arabia, y el monte Ohod y el monte Thalan se han conmovido. — España ha sido herida en el islamismo, y tanto ha sido su pesadumbre que las provincias y sus ciudades han quedado desiertas. — Preguntad ahora por Valencia: ¿qué ha sido de Murcia? ¿qué se ha hecho de Játiva? ¿dónde hallaremos á Jaen? ¿dónde está Córdoba, la mansion de los talentos? ¿qué ha sido de tantos sábios como brillaron en ella? ¿Dónde está Sevilla con sus delicias? ¿Dónde su río de puras, abundantes y deliciosas aguas? — ¡Ciudades soberbias!... ¿Cómo se sostendrán las provincias, si vosotras, que erais su fundamento, habeis caído? — Al modo que un amante llora la ausencia de su amada, así llora el islamismo desconsolado... — Nuestras mezquitas se han trasformado en iglesias, y solo se ven en ellas cruces y campanas. — Nuestros almimbres y santuarios, aunque de duro é insensible leño, se cubren de lágrimas, y lamentan nuestro infortunio. — Tú que vives en la indolencia... Tú te paseas satisfecho y sin cuidados: tu patria te ofrece encanto: pero ¿puede haber patria para el hombre despues de haber perdido Sevilla? — Esta postrera calamidad hace olvidar todas las otras, y el tiempo no bastará á borrar su memoria. — ¡Oh, vosotros, los que montais ligeros y ardientes corceles, que vuelan como águilas en los campos en que el acero ejerce sus furores! — Vosotros, los que empuñais las espadas de la India, brillantes como el fuego en medio de los negros torbellinos de polvo: — Vosotros, que del otro lado del mar veis correr vuestros días tranquilos y serenos, y gozais en vuestras moradas de gloria y de poder: — ¿no han llegado á vosotros nuevas de los habitantes de España? — Pues mensajeros os han sido enviados para informaros de sus padecimientos. — Ellos imploran incesantemente vuestro socorro, y sin embargo se los mata y se los cautiva. ¿Qué? ¿no hay un solo hombre que se levante á defenderlos?... ¿No se alzarán en medio de vosotros algunas almas fuertes, generosas é intrépidas? ¿No vendrán guerreros á socorrer y vengar la religion? — Cubiertos de ignominia han quedado los habitantes de España: de España, que era poco há un Estado floreciente y glorioso. — Ayer eran reyes en sus viviendas y hoy son esclavos en el país de la incredulidad. — ¡Ah! si tú hubieras visto correr sus lágrimas en el momento que han sido vencidos, el espectáculo te hubiera penetrado de dolor, y hubieras perdido el juicio... — Y estas hermosas jóvenes tan bellas como el sol cuando nace vertiendo corales y rubíes. — ¡Oh dolor! el bárbaro las arrastra para condenarlas á humillantes oficios; bañados están de llanto sus ojos y turbados sus sentidos. — ¡Ah! que este horrible cuadro desgarré de dolor nuestros corazones, si todavía hay en ellos un resto de islamismo y de fe!!!»

Una porcion de poblaciones de gran importancia, como Jerez, San Lúcar, Rota, Cádiz, Medina, Arcos, el Puerto de Santa María y otros riadiéronse inmediatamente á las armas cristianas; y como si Fernando no pudiera sosegar mientras cerca de sus dominios existian enemigos de la santa religion, proyectó marchar á Africa á combatirlos.

Haciendo los preparativos para esta campaña se encontraba, cuando la muerte vino á sorprenderle en la misma ciudad que acababa de conquistar.

Desde el momento en que conoció que su postrera hora se aproximaba, mandó que apartasen de su cuerpo y de su estancia todo signo de régia pompa y ostentacion, pronunciando estas sublimes palabras que tan presentes debieran tener todos los orgullosos grandes de la tierra: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo «he de volver al seno de la tierra.»

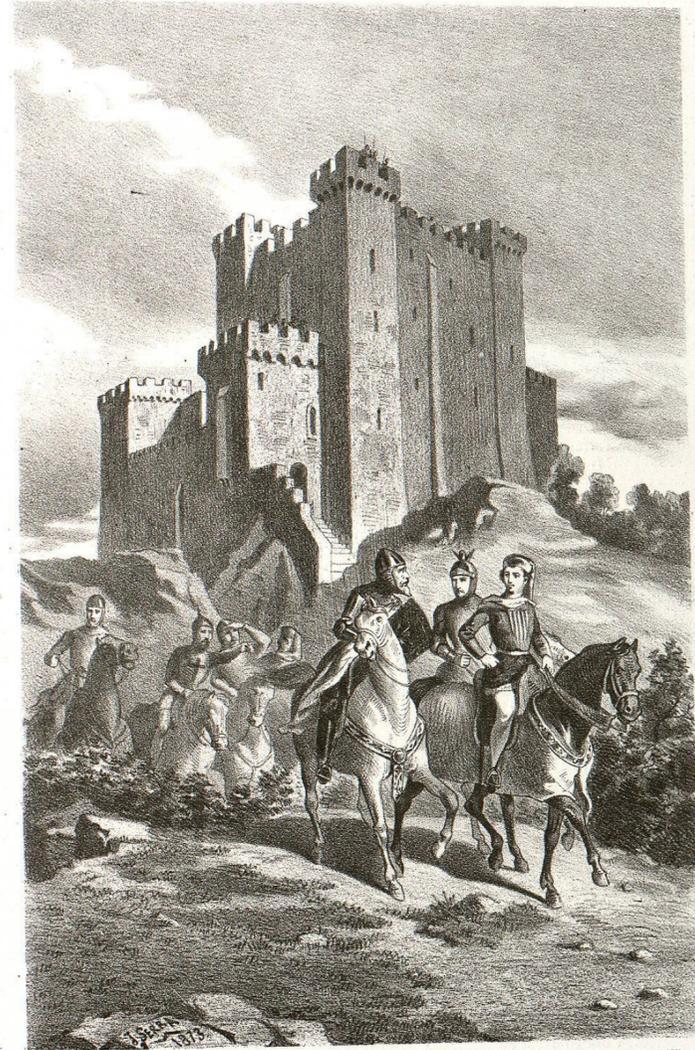
El jueves 30 de mayo de 1252, á los cincuenta y cuatro años no cumplidos, de edad, falleció este gran rey, que mas tarde la Iglesia católica colocó en el número de sus santos.

Antes de proseguir en la narracion de los sucesos ocurridos en Castilla en el reinado de D. Alfonso X, sucesor de Fernando III, nos es necesario ocuparnos con alguna detencion del estado de las cosas de Aragon durante todo el período que acabamos de recorrer.

Y por cierto que bien poco satisfactorio era el estado de aquel reino al advenimiento al trono del príncipe D. Jaime.

Las rentas reales se hallaban empeñadas, tanto por los gastos hechos por su difunto padre, cuanto por la mala administracion que á su muerte subsiguiera. Los bandos y parcialidades dividian el reino, y una turba de magnates soberbios y altaneros combatianse entre sí, aspirando á ejercer el supremo poder, mientras el niño rey de seis años de edad, hallábase encerrado en el castillo de Monzon en compania de su primo el conde de Provenza y bajo la custodia de Guillen de Monredon, maestre del Temple.

Sus dos tíos, D. Sancho y D. Fernando pretendian la corona, y estas ambiciones, estos disturbios, de tal modo afligian al país, que mas que un estado llamado á engrandecerse en un muy breve espacio, parecía una nacion que á pasos agigantados caminaba hácia su ruina.



SALIDA DE MONZON DE D. JAYME EL CONQUISTADOR

Riera. Editor, Barcelona, Robado 24 y 26

(1) Chron. del santo rey D. Fernando, cap. XLVIII.

CAPITULO LXVIII.

Comienza el reinado de D. Jaime de Aragon. —Turbulencias en el reino. —Ambicion de los magnates aragoneses. —Triste situacion del jóven monarca en sus primeros años. —Su matrimonio con Doña Leonor de Castilla. —Prudencia de D. Jaime, superior á su edad. —Decide la conquista de Mallorca.

TANTO D. Jaime como su primo, estaban impacientes por quebrantar los hierros de sus prisiones, habiéndolo hecho primeramente el conde de Provenza por excitacion de los nobles de su condado.

El maestre de los Templarios temió que D. Jaime siguiera tambien este ejemplo, y se apresuró á dejarle libre, en la confianza de que tal vez por este medio conseguiria apaciguar los bandos que destruaban el reino.

Nueve años tenia el jóven rey cuando salió de su prision, y desde el primer momento amenazáronle los mayores peligros.

Varios prelados y caballeros por consejo del anciano y prudente D. Jimeno Cornel prometieron tomarle á su cuidado bajo juramento de defenderle y ampararle, sin que nadie le sacase de su poder sin el acuerdo de todos.

Apenas supo su tío D. Sancho, que fue nombrado como ya dijimos en otra parte, procurador general del reino y que aspiraba á la corona, que su sobrino habia quedado libre, reunió á sus parciales, y poniéndose con ellos sobre Selgua, dispúsose á emplear la fuerza para dejarse completamente desembarazado de obstáculos el camino que al trono podia conducirle.

Súpolo D. Jaime, y aun cuando tan niño, mostrando ya el valor de que mas tarde dió tan señaladas pruebas, pidió á uno de los que le acompañaban una cota, y vistiendo la guerrera armadura dispúsose á vender cara su vida.

Felizmente pudo llegar á Huesca sin contratiempo alguno, dirigiéndose inmediatamente á Zaragoza, donde fue recibido con extraordinario entusiasmo.

Tanto el clero como los caballeros catalanes concediéronle desde los primeros momentos el subsidio del *bovatge*, que gravaba las cabezas de ganado mayor y menor, con objeto de que pudiera atender á las necesidades del Estado.

En 1218 dirigióse á Tarragona, donde celebró Cortes, y mas tarde convocó otras nuevas en Lérida, de catalanes y aragoneses, primera asamblea que celebraban los dos reinos unidos.

Confirmó la moneda jaquesa hecha labrar por su padre, jurando que no volveria á labrar otra nueva ni á rebajar ó subir su ley ni su precio.

Varios prelados y ricos hombres procuraron reconciliarle con su tío, y por fin, despues de muchas pláticas y acaloradas discusiones prometió el conde D. Sancho renunciar á sus pretensiones á la corona y no hacer la guerra á su sobrino, mediante la cesion que este habia de hacerle de varias villas y rentas, que de tal manera, y lo mismo en Aragon que en Castilla, se compraba un juramento de fidelidad.

Por este tiempo y por fallecimiento de su madre D.^a Maria, heredó el rey D. Jaime el condado de Montpellier.

Los mismos nobles y leales caballeros que le servian, comprendiendo que debia robustecer su poder por medio de ventajosas alianzas, procuráronle el enlace con la princesa D.^a Leonor de Castilla, hermana de la reina D.^a Berenguela y tia por lo tanto de Fernando III.

En atencion á la corta edad del Monarca, pues solo contaba trece años, difirióse su union definitiva con la princesa hasta un año, por mas que las bodas se celebraron ya con grande aparato en la villa de Agreda en febrero de 1221.

En distintas ocasiones vióse el Rey obligado á hacer armas contra sus propios vasallos, en defensa de otros, y de tal modo las banderías y las parcialidades fueron aumentando, que aun cuando don Jaime daba pruebas de una prudencia y de una discrecion superiores infinitamente á su edad, no era posible que pudiera vencerlas y dominar aquella comprometida situacion, máxime cuando no tenia como Fernando III, una madre tan discreta como D.^a Berenguela.

Al lado de sus nobles y de sus prelados que todo lo poseian, carecia de todo, él que tan grande habia de ser andando el tiempo, y mas se asemejaba, como dice el erudito Lafuente, á un capitán de compañías que guerrea ora en favor de unos, ora en favor de otros, que á un monarca de un tan poderoso reino.

De este modo afeccionado por la desgracia y por el peligro ífase formando, tanto el buen rey, como el esforzado guerrero.

Su tío el infante D. Fernando, auxiliado de otros altivos y orgullosos magnates se levantaba contra él y se apoderaba de su persona, y solo le concedia la libertad merced á irritantes concesiones; ya eran los prelados y ricos hombres y barones que so color de libertar al Monarca le arrancaban nuevos honores y dignidades haciendo patrimonio suyo aquel, ya tan esquilado y abatido país.

Y de tal modo ensoberbecidos estaban los magnates, que un dia, al reprender el Monarca al poderoso D. Pedro Añones porque no habia acudido á Teruel, segun el mandato que aquel le hiciera para concurrir al sitio de Peñíscola, contestóle el caballero como de igual á igual, y agriándose las palabras, llevó D. Pedro la audacia al punto de tirar de la espada, viéndose precisado el jóven Rey á luchar brazo á brazo para defenderse, sin que ningun caballero acudiese en su defensa, dando lugar á que entraran los parciales del de Añones y se le llevaran.

Mas el Rey salió en su persecucion pidiendo un caballo prestado,

que en tal extremo se hallaba, y el orgulloso magnate pereció atacado por Sancho Martinez de Luna.

En la historia del rey D. Jaime escrita en lemosin por el mismo rey, y que es uno de los mas bellísimos monumentos históricos de aquella época, refiérese este incidente con una sencillez y una franqueza tal que no podemos menos de transcribirla tal como la hemos encontrado.

Dice así:

«Acabadas tales razones el (que era D. Pedro Añones) se puso en pié, y aquellos que estaban con Nos... nos desampararon á ambos... D. Pedro, que tenia fama de gran caballero y de muy diestro en las armas, apenas se vió solo con Nos puso mano á la espada, mas con nuestra mano se la sujetamos de tal modo, que no pudo desenvainarla. Los caballeros de D. Pedro Añones no habian descabalgado aun, y estaban afuera; mas al oír el ruido que se movia en la casa, apeáronse como unos treinta ó cuarenta á la vez: mientras venian, D. Pedro quiso tambien poner mano á la daga, pero se lo impidimos asimismo, y ni siquiera pudo moverla. A tal sazón entraron los suyos, mientras que los nuestros se estaban en sus casas, y nos sacaron á D. Pedro de entre manos, de las que él no habia podido desahirse sin embargo de su vigor. Así escapó de Nos, sin que los nuestros que estaban en casa nos ayudaran; antes al contrario, miraban con calma la lucha que con él teníamos (1).»

Nuevos disturbios pusieron en mas de una ocasion en peligro la vida del Monarca, no siendo de los menores el que corrió en Huesca.

Recibiósele en la poblacion con grandes fiestas y regocijos, y al dia siguiente por efecto sin duda de las excitaciones de aquella nobleza discolá y turbulenta, amotinóse el mismo pueblo contra él.

Comenzaron á cerrarse todas las salidas de la ciudad y las calles con cadenas, al objeto de que no se pudiera evadir, que tan rápido y tan grande fue el encono contra el concebido en tan breve espacio.

En esta circunstancia mostró el jóven Monarca una serenidad y un arrojo apenas concebible en tan corta edad.

Merced á ellos consiguió D. Jaime, valiéndose de un ardid, salir de la ciudad seguido de cinco de sus leales caballeros y tomar el camino de la Isuela (2).

De esta manera iban transcurriendo los primeros años del reinado de D. Jaime, sucediendo al escándalo y á la tropelia de ayer el desacato y la exigencia de hoy. Cada magnate aspiraba á ejercer mayor poder que el mismo monarca, y en muchas ocasiones veíase este sin saber quiénes eran los leales de quienes podia fiarse, ni quiénes los que le serian traidores al dia siguiente.

El juicioso y erudito analista de Aragon, Zurita, describe en estos términos el cuadro que ofrecia aquel reino en la época que vamos historiando.

«Estaba todo el reino por este tiempo en tanta turbacion y escándalo, que no habia mas justicia en él de cuanto prevalecian las armas, siguiendo unos la parte del Rey y otros la del infante don Hernando, que se favorecia con las ciudades de Zaragoza, Huesca y Jaca. Con esta ocasion de tanta tortura, los concejos y vecinos de estas ciudades hicieron entre sí muy estrecha confederacion, atendida la turbacion grande del reino, y los daños, y robos, y homicidios y otros muy grandes insultos que se cometian: y para evitar tanto mal, porque pudiesen vivir en alguna seguridad y pacíficamente, trataron de unirse y confederarse en una perpétua amistad y paz. Juntáronse en Jaca los procuradores de estas ciudades, y á 13 del mes de noviembre de este año MCCXXVI, determinaron de unirse y valerse con todo su poder contra cualesquiera personas, salvando en todo el derecho y fidelidad que debian al Rey y á su reino, obligándose con juramentos y homenajes, que no se pudiesen apartar de esta amistad ni absolverse de aquella jura por ninguna causa, antes se conservase entre ellos siempre esta concordia y union y entre sus sucesores: y juraron de cumplir todos los vecinos desde siete años arriba, so pena de perjuros y traidores á fuero de Aragon, declarando que no pudiesen salvar su fe en corte ni fuera de ella. Por esto dió el Rey gran prisa en poner en orden sus gentes, entendiendo que aquella confederacion se hacia por la parte que seguia al infante, y que no solo se conjuraban para su defensa, sino para poder ofender.»

No puede pintarse con mas vivos colores la situacion en que se encontraba aquel reino.

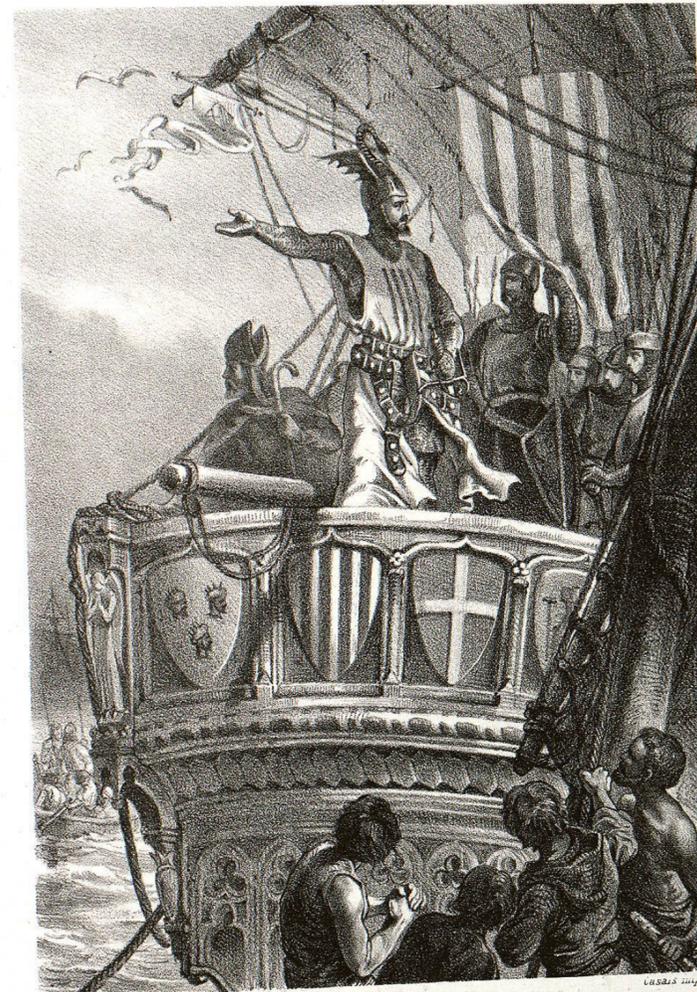
Mas á pesar de esto, de tal manera supo manejarse en edad tan juvenil, tanto tino y discrecion tuvo, que consiguió enfrenar aquellas ambiciones, dominar aquellos bandos, atraerse á los que mas le combatian y terminar aquella era anárquica y revuelta que tantos males habia derramado sobre el país.

Una vez tranquilo el reino, inclinado el Monarca á los grandes hechos de armas, robusto y «tan desarrollado de cuerpo como de espíritu,» pensó en llevar la guerra á los dominios musulmanes, y decidió realizar su gran proyecto de conquista de la isla de Mallorca.

(1) Historia de D. Jaime, capítulo XXVI.

Esta historia está escrita en lemosin é impresa con el título de *Crónica ó Comentario del gloriosísimo é invictísimo rey Don Jaime rey d' Arago*. Esta traducida al castellano por los señores Flotats y Bofarull.

(2) Minuciosamente refiere este suceso Zurita en sus *Anales* libro II cap. LXXXI y D. Jaime en los capítulos XXX á XXXIII de su historia.



ESPEDICION DE D. JAIME EL CONQUISTADOR Á MALLORCA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.